

editorial

Como lo han demostrado numerosos estudios —entre los que destaca el elaborado por Steven Rose, Richard Lewontin y Leon Kamin, *No está en nuestros genes*—, la idea de que la naturaleza humana puede ser reducida a sus aspectos biológicos ignorando su esencia social —a lo cual se conoce como determinismo biológico— se encuentra profundamente enraizada en la sociedad occidental. Por lo tanto, no es rara su imbricación con las teorías científicas y su papel en cierto tipo de investigación, en especial en aquella que busca explicar la conducta con base en la genética o en el proceso evolutivo visto bajo esta óptica —el llamado adaptacionismo. Sin embargo, en la medida que hay una conciencia bastante elevada en torno a ello, los debates son cada vez más intensos cuando se cuestionan los resultados que arrojan las investigaciones que de alguna manera lo abrazan. Actualmente, toda reducción de la conducta humana y animal es rápidamente cuestionada, sobre todo si se aplica a una diferencia de raza o género. Los estudios sociales sobre la ciencia han mostrado que la percepción del investigador se encuentra influenciada por diversos factores sociales, incluido el de género. El estudio de la conducta de los primates —en particular de chimpancés, gorilas y orangutanes— constituye uno de los casos más evidentes de este hecho, ya que fue la participación de mujeres en él lo que permitió observar conductas que antes no se percibían, principalmente de las hembras, debido a que el énfasis se hallaba en otras donde los machos eran figura central. Y aun así, la comunidad científica presentó durante cierto tiempo una resistencia a su aceptación. En realidad, es breve el lapso que ha transcurrido desde que las mujeres constituyen un porcentaje considerable —por cierto, cada vez mayor— en las diferentes áreas de la investigación científica. No en balde la figura de Marie Curie sigue siendo emblemática. Pero así como se ha modificado esta situación, de igual manera han ocurrido cambios importantes en cuanto al reduccionismo biológico dominante. Emergen nuevos paradigmas, nuevas maneras de abordar la investigación, nuevos enfoques que permiten romper con la visión reduccionista y abordar los problemas en esos campos de manera más integral, recreando los diferentes niveles de organización de la materia. Así, en los estudios dedicados a la genética se busca recuperar la complejidad de los sistemas biológicos, mientras en aquellos que escrutan la conducta animal y humana desde una perspectiva etológica se generan nuevos conceptos que intentan evitar su reducción a meras interacciones, como la competencia o la famosa tautología de la supervivencia del más apto.

Con el afán de proporcionar un contexto a este tipo de teorías científicas, en este número se abordan varios temas

relacionados con ellas, hilvanados

unos con otros, contraponiendo interpretaciones distintas, enfoques opuestos, mostrando, a manera

de tela de fondo, la dinámica que caracteriza a la ciencia en su actual circunstancia social.

El debate siempre es bienvenido, e invitamos a nuestros lectores a participar en él, tal

vez así podremos activar nuevamente nuestra sección de correspondencia, de vida un tanto efímera.

